

prudente que puede impedir que las cosas pasen á mayores, y también porque me has servido de padrino en mi lance.

Boisrenard se encargó de la comisión. Du Roy salió de nuevo á la calle para sus asuntos, y al volver luego una hora más tarde nadie le llamó Forestier.

Ya de regreso en su casa oyó al entrar voces de mujeres en el salón.

— ¿Quién hay? preguntó al doméstico.

— M^{me} Walter et M^{me} de Marelle.

Jorge sintió un ligero latido en el corazón y luego se dijo: « ¡Qué diablo! veamos. »

Clotilde estaba en un ángulo de la chimenea, en un rayo de luz que llegaba del balcón. Á Jorge le pareció que había palidecido un poco al verle. Después de saludar primeramente á M^{me} Walter y á sus dos hijas, que estaban como dos centinelas sentadas al lado de su madre, Du Roy se volvió hacia su antigua querida, que le tendió la mano. Jorge la tomó y con intención la estrechó como diciéndola: « Os amo siempre. » Clotilde respondió á aquella presión.

— ¿Lo ha pasado Vd. bien durante el siglo transcurrido desde que nos vimos últimamente? preguntó Du Roy.

M^{me} de Marelle le respondió con desembarazo:

— Perfectamente ¿y Vd., Buen Mozo?

Y volviéndose hacia Magdalena, añadió:

— ¿Tú me permites que le llame siempre Buen Mozo?

— Seguramente, querida; yo permito todo lo que tú quieras.

En aquellas palabras parecía como si se disimulase un cierto matiz de ironía.

M^{me} Walter hablaba de una fiesta que Jacobo Rival

III



Al entrar al día siguiente en la redacción, Duroy se fué en busca de Boisrenard.

— Querido, voy á pedirte un favor. Desde hace algún tiempo se ha dado aquí en la

gracia de llamarme Forestier, y comienzo á encontrar eso pesado y tonto. ¿Quieres ser lo bastante complaciente para prevenir á los compañeros suavemente que

abofetearé al primero que vuelva á permitirse esa broma? Ellos verán si esa broma merece la pena de una estocada, y me dirijo á ti porque eres un hombre

iba á dar en su cuarto de soltero, un gran asalto de armas al que asistirían señoras de la buena sociedad :

— Será una fiesta en extremo interesante y el caso es que por no tener quien nos acompañe estoy desolada, pues precisamente por esos días debe ausentarse mi marido.

Duroy se ofreció inmediatamente.

— Mis hijas y yo se lo agradeceremos á Vd. mucho, dijo aceptando el ofrecimiento.

Jorge miraba á la más joven de las señoritas Walter. « Esta Susanita no es del todo desagradable, » se decía para sus adentros. Y en efecto, la hija de Walter parecía una frágil muñequita rubia, acaso demasiado pequeña, pero fina, con el talle esbelto y las caderas y los pechos salientes, un tipo de miniatura con unos ojos esmaltados de azul gris, dibujados á pincel, como matizados por un pintor minucioso y antojadizo. Tenía un cutis blanquísimo, muy liso, pulimentado, unido, sin granos, terso, y el cabello alborotado y rizado, una maleza tentadora, ligera, llena de atractivo y parecida, en efecto, á esas cabelleras de muñecas de lujo que se ven pasar en brazos de chiquitinas bastante menos altas que su juguete.

La hermana mayor, Rosa, era fea, trivial, insignificante, una de esas muchachas á quienes no se ve, ni se les habla y de quienes no se dice nada.

La madre se levantó y, volviéndose hacia Jorge, le dijo :

— Conque entonces cuento con Vd. para el jueves próximo á las dos.

— Cuente Vd. conmigo, señora.

Después que M^{me} Walter partió, Clotilde se levantó á su vez.

— Hasta la vista, Buen Mozo.

Y entonces fué ella quien le estrechó la mano muy fuertemente y por bastante tiempo. Du Roy se sintió agitado por aquella silenciosa declaración, y de nuevo sintió un brusco capricho por aquella burguesita bohemía, y buena muchacha en el fondo, que tal vez le amaba de veras.

« Iré á verla mañana, » pensó.

Así que estuvieron solos Jorge y su mujer, ella comenzó á reír con una risa franca y alegre, y mirándole bien de frente le dijo :

— ¿ Sabes que has inspirado una pasión á M^{me} Walter?

— ¡ Qué disparate ! respondió con incredulidad.

— Lo que oyes, te lo aseguro ; me ha hablado de tí con un entusiasmo loco. ¡ Y esto es tan singular en ella ! Me ha dicho que quisiera encontrar dos maridos como tú para sus hijas... Afortunadamente que con ella estas cosas carecen de importancia.

Duroy no comprendía lo que su mujer quería decirle :

— ¿ Cómo que carecen de importancia?

Magdalena respondió con una convicción de mujer que está segura de lo que afirma :

— ¡ Oh ! M^{me} Walter es una de esas de quienes jamás se ha murmurado nada ¿ sabes? pero nunca, nunca. Es inatacable bajo cualquier aspecto que se la mire. Á su marido tú le conoces lo mismo que yo, pero ella es otra cosa. Y no es decir que no haya sufrido bastante la pobre por haberse casado con un judío, pero le ha permanecido siempre fiel. Es una mujer honrada.

Duroy quedó sorprendido :

— Yo la creía judía.

— ¿Quién? ¿ella? Ni mucho menos. Es presidenta de todas las asociaciones piadosas de la Magdalena, y hasta está casada religiosamente. No sé si hubo un simulacro de bautismo en cuanto al marido, ó si la Iglesia cerró los ojos.

— Vaya, murmuró Jorge; conque... la agrado...

— Positiva y completamente. Si no estuvieras ya comprometido... te aconsejaría que pidieses la mano de... Susana, mejor que la de Rosa.

Duroy respondió rizándose el bigote :

— Pues la madre no está de mal ver todavía.

Magdalena se impacientó :

— ¿Sabes lo que te digo, amiguito? La madre te la regalo si te gusta. Pero no tengo miedo. No es á su edad cuando se comete la primera falta. Había que haber nacido antes.

« ¡Si fuese verdad, pensaba Jorge, que yo pudiera haberme casado con Susana!...

« ¡Bah... dijo encogiéndose de hombros, es una locura! ¿Acaso su padre me habría nunca aceptado? »

No obstante, se prometió observar en adelante con más interés las maneras de M^{me} Walter para con él, sin preguntarse por lo demás si alguna vez podía obtener de ello alguna ventaja.

Toda la noche se vió frecuentado por el recuerdo de sus amores con Clotilde, recuerdo tierno y sensual al mismo tiempo, y se le venían á la memoria sus escapadas de estudiante, sus travesuras y sus gracias. « Es verdaderamente simpática, se repetía á sí mismo. Sí, mañana voy á verla. »

Así que hubo almorzado al día siguiente, se dirigió en efecto á la calle de Verneuil. La misma sirvienta de las otras veces le abrió la puerta, y familiar á la manera

que lo son los domésticos de los pequeños rentistas, le preguntó :

— ¿ El señor lo pasa bien ?

— Perfectamente, hija mía.

Y Du Roy entró en el salón donde una mano torpe tecleaba en el piano haciendo escalas. Era Laurina. Jorge se prometió al verla que la niña iba á saltarle al cuello, pero Laurina se levantó gravemente, saludó con ceremonia lo mismo que lo hubiera hecho una persona mayor, y se retiró de una manera digna.

Tenía en sus maneras un aire tal de señora ultrajada que Du Roy quedó sorprendido. En aquel instante entró la madre y el periodista le besó las manos.

— ¡Cuánto he pensado en Vd! le dijo.

— Y yo lo mismo, respondió ella.

Después que tomaron asiento, uno y otro se contemplaron un momento sonrientes mirándose fijamente y con deseo de besarse en los labios.

— Mi querida Clo, yo la amo.

— Y yo también.

— Entonces... entonces... ¿no habías llegado á odiarme mucho, mucho ?

— Te diré, sí y no... Aquello me hizo sufrir pero después he comprendido tus razones y me he dicho : « ¡Bah! un día ú otro volverá á mí otra vez. »

— No me atrevía á venir, dijo el periodista. Y me preguntaba de qué modo sería recibido, pero á pesar de no atreverme sentía un vivo deseo. Y á propósito, dime, ¿qué es lo que tiene Laurina? Apenas si me ha dicho « buenos días » y se ha marchado con un aire furioso.

— No lo sé. Pero ello es que desde que te casaste no se la puede hablar de ti. Creo que está realmente celosa.

- ¡Vamost!
- Lo que oyes, querido. No te llama ya Buen Mozo, sino Forestier.
- Du Roy se puso rojo y acercándose luego á la joven, la dijo :
- Dame un beso.
- Ella le presentó la boca.
- ¿Dónde podremos vernos? preguntó Jorge.
- Pues... en la calle de Constantinopla.
- ¡Ah!... ¿Según eso la casa no ha sido alquilada luego?
- No... He seguido con ella.
- ¡Cómo! ¿La has conservado?
- Sí, he pensado siempre que volverías.
- Una ola de satisfacción orgullosa le ensanchó los pulmones. Aquella mujer le amaba de un amor verdadero, constante, profundo.
- Te adoro, mi pequeña Clo.
- ¿Tu marido va bien? preguntó luego.
- Perfectamente. Acaba de pasar aquí un mes y ha partido anteayer.
- Du Roy no pudo por menos de reír y dijo :
- Cómo vienen á caer las cosas.
- En efecto, respondió ella cándidamente. Cae bien. Pero, por lo demás, cuando está aquí tampoco importuna ni molesta. Tú lo sabes.
- Es cierto, y además es un hombre encantador.
- Y á ti, dijo ella, ¿cómo te va con tu nueva vida?
- Ni bien, ni mal. Mi mujer es una camarada, una asociada mía.
- ¿Nada más?
- Nada más... en cuanto al corazón...
- Lo comprendo, y sin embargo es bonita.

- Sí, pero no me altera su hermosura.
- Y acercándose á Clotilde murmuró :
- ¿Cuándo nos veremos?
- Pues... mañana... si quieres.
- Sí, mañana á las dos.
- El periodista se levantó para partir y con un cierto embarazo balbuceó :
- ¿Sabes, Clo? Se entiende que soy quien toma á su cargo el cuarto de la calle de Constantinopla. Lo quiero. No faltaría más que fueses tú quien lo pagase.
- Entonces fué ella quien le besó las manos con un movimiento de adoración :
- Harás como te parezca, respondió en voz baja. Me basta con la satisfacción de haberlo guardado para volvernos á ver.
- Du Roy salió con el alma llena de gozo.
- Al pasar por delante de la vitrina de un fotógrafo llamó su atención el retrato de una gran dama, de hermosos ojos, que le recordó á M^{me} Walter :
- Qué importa, se dijo, todavía no debe estar mal.
- ¿Pero cómo es que no lo he notado nunca? Tengo curiosidad por ver cómo me trata el jueves.
- Y siguió su camino frotándose las manos y saboreando una alegría íntima, la alegría del éxito bajo todas sus formas, la alegría egoísta del hombre diestro que triunfa, esa alegría sutil formada de vanidad lisonjeada y de sensualidad satisfecha que la ternura de las mujeres produce en el ánimo.
- Llegado que fué el jueves preguntó Duroy á su mujer :
- Y tú, ¿no vienes á ese asalto que da Jacobo Rival?
- ¡Oh! no. Eso no me distrae apenas, iré á la Cámara de diputados.
- El periodista fué á buscar á M^{me} Walter en landó

descubierto, pues hacía un tiempo soberbio. Al encontrarla tan joven y tan hermosa Duroy experimentó una verdadera sorpresa. Llevaba un vestido claro cuyo corpiño algún tanto hendido dejaba adivinar, bajo el rubio encaje, el voluminoso y levantado seno. Jamás le había parecido tan fresca y la encontró realmente apetezable.

Á su aire tranquilo y correcto de siempre, M^{me} Walter unía una cierta expresión de mamá satisfecha que la permitía pasar casi inadvertida á los ojos galantes de los hombres. Por lo demás no hablaba apenas sino para decir cosas sabidas, aceptadas, moderadas, pues sus ideas eran metódicas, prudentes y ordenadas y la ponían al abrigo de todo exceso.

Su hija Susana, que llevaba un vestido de color rosa, parecía un fresco de Watteau recién barnizado, y la hermana mayor parecía la institutriz encargada de acompañar á aquel lindo juguete de niña.



Delante de la casa de Rival había ya una fila de carruajes colocados por orden.

Du Roy ofreció el brazo á M^{me} Walter y entraron.

El asalto se daba á beneficio de los huérfanos del sexto distrito de París, bajo el patronato de todas las señoras de los senadores y diputados que tenían relaciones con *La Vida Francesa*.

M^{me} Walter había prometido ir con sus hijas, por más que rehusando el título de protectora de la obra benéfica, pues no ayudaba con su nombre sino las obras patrocinadas por el clero, no precisamente por que fuese muy devota sino porque creía que su matrimonio con un israelita la obligaba á guardar una cierta disciplina religiosa, y la fiesta que el periodista había organizado tomaba una especie de significación republicana que podía parecer anticlerical.

Los periódicos de todos los matices venían hablando de la fiesta desde hacía tres semanas.

« Nuestro eminente compañero Jacobo Rival acaba de tener una idea tan original como generosa : organizar, en provecho de los huérfanos del sexto distrito de París, un gran asalto que se celebrará en la magnífica sala de armas que dicho compañero nuestro posee anexa á su habitación de soltero.

« Firman las invitaciones las señoras de los senadores Laloigue, Remontel y Rissolin juntamente con las de los diputados Laroche-Mathieu, Percerol y Firmin. Durante el entreacto del interesante asalto se hará una colecta y el importe será inmediatamente depositado en manos del alcalde del sexto distrito ó de la persona que le represente. »

Era un reclamo monstruo que el diestro periodista había imaginado en provecho propio.

Jacobo Rival recibía á la entrada de su apartamento, donde había sido instalado un buffet, á cuantas personas llegaban, y era cosa convenida que los gastos debían ser satisfechos de la colecta que se hiciese. Luego indicaba con un movimiento amable y cortés la pequeña escalera por donde se descendía al sótano en el cual tenía instalada la sala de armas y el tiro :

— « El asalto es abajo, señoras, abajo, en apartamentos subterráneos.

Al ver á la señora de su director se precipitó á saludarla y después estrechó á Du Roy la mano :

— Buen Mozo, buenas tardes.

El joven se quedó sorprendido :

— ¿ Quién le ha dicho á Vd?...

Rival le cortó la frase :

— M^{me} Walter, aquí presente, que encuentra ese sobrenombre muy en carácter.

— En efecto, dijo M^{me} Walter ruborizándose, y á tener más confianza de la que tengo con Vd., le llamaría, como Laurinita, Buen Mozo. Es un sobrenombre que ni pintado.

Du Roy reía :

— Pero, señora, yo se lo ruego, llámeme como la parezca.

— No, no tenemos la bastante confianza.

Duroy le dijo entonces por lo bajo :

— ¿ Me permite Vd. esperar que algún día llegaremos á tenerla?

— Ya veremos, respondió la señora.

Á la entrada de la estrecha escalera el periodista dejó pasar á M^{me} Walter y á sus hijas.

Aquella brusca transición desde la luz del día á la

claridad amarilla de la tortuosa escalera iluminada por un mechero de gas, tenía algo de lúgubre, sensación á la que contribuía el olor de subterráneo que subía del sótano, un olor á humedad calentada procedente de los mohosos muros, ahora enjugados y cubiertos de follaje con motivo de la fiesta. Y con el olor de las húmedas paredes percibíanse también en combinación extraña las emanaciones de Agua de Lubin, de violeta, de verbena y de iris, que trascendían á elegancia femenina, y también los vahos de benjuí que recordaban los oficios sagrados de las iglesias.

Oíase en aquel agujero habitado un gran ruido de voces, como si fuera un estremecimiento de multitud agitada. Todo el sótano estaba iluminado con guirnaldas de gas y linternas venecianas veladas por entre el follaje que cubría aquellas paredes de piedra salitrosa. No se veía otra cosa que ramaje por todas partes, el cielo abovedado del sótano estaba cubierto de helechos y el pavimento alfombrado de hojas y de flores.

Á todo el mundo le parecía aquello encantador, de una inventiva deliciosa. En la pequeña habitación del fondo habíase levantado una especie de plataforma para los tiradores, entre dos hileras de asientos para los jueces del asalto, y el resto del local estaba ocupado por banquetas alineadas á derecha é izquierda de diez en diez. Habían sido invitadas cuatrocientas personas, pero dentro sólo cabían doscientas.

Delante del estrado dos jóvenes en traje de asalto, delgados, con brazos y piernas enormes, la cintura arqueada y el bigote rizado hacia atrás se exhibían ya ante los espectadores. Se les designaba por su nombre y lo mismo á los maestros y notabilidades de la esgrima que había dentro del local. En torno de ellos hablaban

algunos señores, jóvenes ó viejos, vestidos de levita y parecían tener un aire de familia con los tiradores en traje de combate. También ellos procuraban ser vistos, reconocidos y designados por su nombre: eran los príncipes de la espada de la clase civil, los peritos en materia de botonazos de florete.

Casi todas las banquetas estaban ocupadas por señoras, quienes al moverse hacían crujir enormemente sus vestidos de seda produciendo además con sus conversaciones un murmullo incesante y como si estuvieran en el teatro agitaban sus abanicos pues en aquella gruta frondosa se sentía un calor de invernadero. Un bromista gritaba de tiempo en tiempo:

— ¡Horchata! ¡limonada! ¡cerveza!

M^{me} Walter y sus hijas ocuparon las sillas que les estaban reservadas en la primera fila, y, apenas Du Roy las dejó instaladas, murmuró:

— Me veo obligado á dejarlas, pues á los hombres no les está permitido acaparar los asientos.

La señora respondió perpleja:

— A pesar de eso yo quisiera que Vd. se quedara y nos designaría por su nombre los tiradores. Si usted se situase de pie al extremo de ese banco no incomodaría á nadie.

Y al decirle esto le miraba con sus grandes ojos:

— Vamos, quédese con nosotras... señor... señor... Buen Mozo. Le necesitamos.

— Obedezco... con mucho gusto, señora.

Por todas partes se oía decir:

— Es original este sótano, resulta bonitísimo.

Jorge conocía bien aquella pieza abovedada y se acordaba de la mañana pasada allí, la víspera de su desafío, en frente de un cartoncito blanco que le miraba

desde el fondo de la segunda estancia como un ojo enorme y temible.

La voz de Jacobo Rival, que venía de la parte de la escalera, se dejó oír:

— Se va á comenzar, señoras.

En aquel momento seis caballeros embutidos en levitas muy entalladas, como para hacer mejor resaltar el tórax, subieron al estrado y se sentaron en las sillas destinadas al jurado.

Sus nombres circularon en seguida: el general de Raynaldi, presidente, un hombrecito de grandes bigotes, el pintor Josefín Roudet, un hombre alto, calvo y de luenga barba, Mateo de Újar, Simón Ramoncel, Pedro de Carvin, tres jóvenes elegantes, y Gaspar Merlerón, un maestro de esgrima.

Á ambos lados de la pieza fueron colgados dos carteles: el de la derecha decía en letras gordas: Mr. Crèveœur, y el de la izquierda Mr. Plumeau.

Eran dos buenos maestros de segundo orden, enjutos de carnes, con aire marcial y los movimientos un tanto duros. Después de hacerse el saludo con movimiento de autómatas, comenzaron á atacarse cual si fueran dos *vierrots* soldados, vestidos con aquellos trajes de tela y de piel blancas.

De cuando en cuando se oía esta palabra: « Botonazo », y los seis caballeros que formaban el jurado inclinaban la cabeza en señal de asentimiento y con aire de conocedores. El público sólo veía dos títeres vivientes que se agitaban al tender los brazos; no comprendía nada, pero estaba contento. Aquellos dos hombres le parecían poco graciosos y hasta un si es no es ridículos, haciéndole pensar en esos luchadores de madera que el día primero de año se venden en los bulevares.

Los dos primeros tiradores fueron reemplazados por MM. Plantón y Carapín, un maestro de la clase civil y otro militar. Mr. Plantón era sumamente pequeño y Mr. Carapín muy grueso. Hubiérase dicho que al primer floretazo aquel globo iba á deshincharse lo mismo que uno de esos elefantes hechos de vejiga para entretenimiento de los niños. El otro Mr. Plantón saltaba lo mismo que un mono, y entretanto el público reía viendo la impasibilidad de Mr. Carapín que sólo removía su brazo, pues el resto del cuerpo permanecía inmóvil á causa de su gordura. Cada cinco minutos se tiraba á fondo con un tal empuje y un tal esfuerzo hacia adelante, que en aquel momento parecía tomar la resolución más enérgica de su vida. Luego le costaba un verdadero sacrificio enderezarse.

Los concedores del ejercicio declararon que su juego era muy firme y muy cerrado, y el público, confiado en aquel veredicto, lo apreció del mismo modo.

Después entraron en escena MM. Porión y Lapalme, un maestro y un aficionado que se libraron á una gimnasia desenfrenada, corriendo el uno tras del otro con furia, obligando á los jueces á huir con sus asientos, atravesando y volviendo á atravesar la plataforma de uno á otro lado, y en tanto que uno de los contendientes avanzaba, retrocedía el otro á saltos vigorosos y cómicos. Los saltos que daban hacia atrás hacían reír á las señoras, si bien los daban igualmente hacia adelante, pero éstos emocionaban poco al público. Aquel salto á paso gimnástico fué caracterizado por un desconocido que gritó: « Pero nunca se desloman ustedes ¿ es que trabajan á la hora? »

El público recibió mal aquella broma de gusto dudoso y respondió con un: « Chsss » El juicio de los peritos

circuló de boca en boca. Los tiradores habían mostrado mucho vigor y faltado alguna vez de oportunidad.

La primera parte concluyó con un hermoso combate entre Jacobo Rival y el célebre profesor belga Lebègue. Rival fué muy del agrado de las señoras. Verdaderamente era un guapo mozo, bien formado, ágil y elástico en sus movimientos, más gracioso, en una palabra, que todos cuantos le habían precedido. En su modo de ponerse en guardia y de tirarse á fondo, ponía cierta elegancia mundana que agradaba y formaba contraste con la manera, aunque enérgica, ordinaria del otro combatiente.

— ¡ Cómo se ve al hombre bien educado! se decía.

Rival obtuvo una verdadera ovación y saboreó muchos aplausos.

Pero hacía ya algunos minutos que en el piso de encima se notaba un ruido extraordinario que tenía un tanto inquietos á los espectadores, un ruido como de gran pataleo acompañado de risas ruidosas. Los doscientos invitados que no habían logrado bajar al sótano se divertían sin duda á su manera. En la pequeña escalera de caracol había unos cincuenta hombres apiñados, el calor se hacía horrible abajo y la gente gritaba:

— ¡ Aire, hace falta aire, es preciso beber!

El mismo bromista de antes chillaba con voz aguda que dominaba el murmullo de las conversaciones:

— ¡ Horchata! ¡ limonada! ¡ cerveza!

Rival apareció muy rojo y todavía vestido con su traje de asalto:

— Voy á mandar que traigan refrescos, dijo.

Y corrió hacia la escalera.

Pero no había medio de comunicarse con el piso de